



Seelenpflege

in Heilpädagogik und Sozialtherapie

Andreas Fischer

Devoción y atención

Introducción

En 1836 un joven estudiante de medicina se encontraba en una excursión por las montañas del interior de Suiza. Su camino lo condujo a Seedorf, un pequeño pueblo en el valle de Peuss. Allí tuvo una vivencia profundamente significativa para su vida, un encuentro con una mujer discapacitada. La vio, en las afueras del pueblo, arrodillada delante de una imagen de María, y murmurando una oración en un idioma inarticulado. Aunque no pudo entender nada, el futuro médico se conmovió tan profundamente con esta visión, que percibió su propia voz interior que lo animaba a hacer algo por estas personas con discapacidad. Sólo poco años más tarde, Johann Jacob Guggenbühl, así se llamaba el viajero, fundó el hospital para personas con cretinismo y niños deficientes ("Heilanstalt für Kretiner und blödsinnige Kinder") en las montañas Abendberg, cerca de Interlaken. Esta institución única en su tiempo se hizo famosa mundialmente: Johann Jacob Guggenbühl es considerado uno de los pioneros de la pedagogía curativa, y su vivencia en Seedorf, marca el nacimiento de la misma. También Karl König, en su trabajo "Mignon – intento de una historia de la pedagogía curativa", menciona a Guggenbühl – junto a Itard y Séguin – como a uno de los fundadores de la pedagogía curativa. Para ello, König hace referencia al momento inicial de la iniciativa pedagógico-curativa, y describe paralelismos entre Itard y Guggenbühl. "En los dos hay un acontecimiento especial en el comienzo de su quehacer pedagógico-curativo. Itard ve al niño salvaje de Aveyron y Guggenbühl a la mujer discapacitada rezando. En ese momento, se constituye en cada uno de ellos la determinación de ayudar, y de ayudar a través de un ha-

cer concreto. Esto significa, no sólo estudiar y registrar, no sólo revisar y conocer, sino querer lo bueno" (K. König, 1969, pág. 303).

A primera vista, esta breve historia de los comienzos de la pedagogía curativa, no tiene nada que ver con nuestro tema, pero si miramos más profundamente, vemos que en esta historia encontramos los aspectos básicos que Rudolf Steiner describe en "Curso de pedagogía curativa". Se trata de la dedicación amorosa, a través de la que se puede lograr la capacidad de "mirar simplemente aquello que es importante" (R. Steiner, GA 317, pág.151 y sig.).

Si observamos bajo este aspecto el nacimiento de la pedagogía curativa que acabamos de relatar, resulta claro que en su mismo centro encontramos doblemente una entrega sostenida amorosamente. Por un lado está la mujer discapacitada rezando, sumida en la contemplación de la santa imagen. Por otro lado, el estudiante de medicina está tan conmovido por esta visión, que intuitivamente se le torna clara la misión de su vida. Como un acto verdaderamente pionero, funda más tarde la institución en el Abendberg, y comienza una tarea totalmente nueva para la época, confiada en que posee las fuerzas necesarias para llevarla a cabo. La secuencia de estos pasos, desde la vivencia en Seedorf y las consecuencias que surgen de ella, se corresponden exactamente con las indicaciones de Rudolf Steiner en la décima conferencia del "Curso de pedagogía curativa". Al trabajar esta conferencia tan rica en indicaciones, uno tiene la impresión de que en ella se puede encontrar una respuesta interior a las afirmaciones que hace Rudolf Steiner

en la segunda conferencia, acerca de la significación de nuestro quehacer sobre la vida post-mortem de las personas a nuestro cuidado.

Simplificando, primero está la atención que presta el joven a la mujer que está a la vera del camino, sumida en oración. Él no pasa a su lado sin verla, sino que contempla la imagen que se le ofrece con amorosa entrega. Como un rayo, le viene la idea de dedicar el resto de su vida a la atención y el cuidado de estas personas. Aquí se puede hablar, sin duda, de intención en el sentido de una idea creadora. Guggenbühl siente también dentro de sí el coraje interior y la confianza en las propias fuerzas, De modo que que años más tarde puede hacer realidad en la práctica esta intuición. Así encontramos aquí los elementos de la décima conferencia: atención, amorosa entrega, coraje (esotérico), intuición y confianza en el propio actuar – “yo lo puedo hacer”. Estas capacidades claves en el quehacer pedagógico curativo, están inscriptas como con letras de fuego en la hora de nacimiento de la pedagogía curativa.

En la primera parte de este trabajo examinaremos los términos “atención” y “devoción” con el trasfondo de la décima conferencia. Una segunda parte la dedicaremos a una ampliación de la manera de enfocar estos conceptos aunque muy cercana al texto descripto. La base para esta ampliación la brindan las conferencias de Rudolf Steiner sobre la misión de la ira, de la verdad y de la devoción, del libro “Las metamorfosis de la vida anímica”. Finalmente, en un tercer paso examinaremos la pregunta de si pueden encontrarse conceptos similares en la pedagogía curativa no antroposófica, y si es posible relacionarlos. Justamente, el ejemplo dado al comienzo, acerca de la vivencia de Guggenbühl, muestra que los pasos descriptos por Rudolf Steiner, brindan la posibilidad de comprender y explicar hechos y vivencias reales y concretos en el campo de la pedagogía curativa. La conexión interior con estas preguntas constituye así un puente para el intercambio con colegas no antroposofos, acerca de estas cuestiones fundamentales en nuestra profesión.

Obstáculos

En los ateneos clínicos de niños, de la décima conferencia, hay gran cantidad de indicaciones para la observación y el camino interior que culminan con la meditación del punto y el

círculo. Al comienzo, Rudolf Steiner habla de la conexión interior con la tarea a tomar, de la ejercitación de la atención y de la entrega amorosa. El coraje esotérico y la entrega amorosa combinadas conforman la base de la intuición, de la capacidad creativa de conocer y del actuar en pedagogía curativa.

Sin embargo ahora Steiner señala un gran peligro en relación al pensamiento intuitivo, tomando un ejemplo relacionado con el movimiento juvenil, al que valora mucho. “La juventud debe tener en cuenta algo que torna extremadamente dificultoso todo lo que pudiera surgir del movimiento juvenil, como lo es cierta vanidad. La vanidad se halla presente en todo el movimiento juvenil, en modo alguno por alguna forma de mal comportamiento, sino más bien por la razón que hace que sea necesaria: justamente porque la voluntad hace que se necesita un gran desarrollo de las capacidades internas y por ello aflora en gran medida la vanidad por influencia ahrimánica” (R.Steiner, GA 317, pág. 114 y sig. en la versión castellana). Como un signo externo de esta vanidad, que se señala como un gran peligro de toda iniciativa antroposófica, se observa en la juventud la tendencia a perderse en abstracciones, a hablar en general de grandes misiones y tareas, y la escasa predisposición para prestar atención a las cosas pequeñas. En la onceava conferencia Rudolf Steiner lo expresa más claramente aún: señala que se le ha hecho saber que la atmósfera entre los participantes del curso de pedagogía curativa no sería buena. Cita como motivo de esto el descontento de los participantes jóvenes del curso, y que cree que éstos tienen el afán de iniciar con la pedagogía curativa algo totalmente originario, de tener una misión dentro del movimiento antroposófico y que por ello deberían hablar menos de los niños, y más sobre las relaciones kármicas mutuas. Y es aquí, donde Rudolf Steiner vuelve a señalar enfáticamente el peligro de la vanidad y hasta del delirio de grandeza.

Estoy convencido de que todos somos muy concientes de lo cerca que se hallan el orgullo justificado y la vanidad, y de lo convencidos que estamos de nuestro actuar, a veces injustificadamente. Puesto que, a pesar de que nosotros poseemos un saber inmenso y abarcante, que comienza con Saturno, Sol y Luna, sorprendentemente fracasamos, a veces lastimosamente al querer llevar a la práctica las cosas más triviales. Así, poder hablar del movimiento antroposófico y la vanidad, sería un tema maravilloso y exhaustivo, pero por

dos motivos me resistiré a esta tentación. Por un lado, percibo personalmente que la vanidad constituye una cuestión general muy seria e individual – Rudolf Steiner habla de una influencia ahrimánica - Por otro lado soy conciente de que no haría más que cavar mi propia fosa y caería en ella demostrando mi propia vanidad.

... y su superación

Mucho más apasionante es atender a la cuestión de cuales son las posibilidades, que señala Rudolf Steiner, de tomar y transformar toda vanidad. Señala como remedio la devoción a lo pequeño o lo diminuto. Quiero intentar cambiar el ángulo de visión, y no mirar la vanidad, sino a los hechos cotidianos, en los cuales descuidamos la devoción a lo pequeño, abonando con ello el suelo para todo tipo de vanidades. Albert Steffen, el sucesor de Rudolf Steiner como primer presidente de la Sociedad Antroposófica General, nos dio una imagen llena de humor, pero muy acertada, de esta dupla de devoción y vanidad. Señaló que a los antropósofos se los puede reconocer muy bien, por los ojos brillantes y los zapatos sucios, sin lustrar. Esta imagen es profunda, los zapatos sin lustrar son expresión del descuido de la devoción a lo pequeño y contrastan con los ojos brillantes, expresión exterior de entusiasmo, fuego interior, el cual está expuesto en forma extrema a la vanidad. Si dirigimos la mirada bajo este aspecto a nuestra cotidianidad, descubrimos que el descuido a la devoción por lo menudo, puede llevar a tensión y conflictos en lo social interpersonal. Sin pretender moralizar, quisiera señalar un fenómeno que se observa con frecuencia en nuestras instituciones y que, sin lugar a dudas, representa un descuido de la devoción a lo pequeño en lo social, es decir, un signo de vanidad. La puntualidad, el respeto por los horarios estipulados, me parece un área enorme de ejercitación, que aun estamos lejos de agotar. Por que si yo llego sistemáticamente tarde a las conferencias, estoy presuponiendo, consciente o inconscientemente, que los queridos colegas que llegaron puntualmente, están extremadamente contentos y agradecidos de que yo aun llegue después de todo, porque están ávidos de recibir mi central aporte. Si se reconociera esta incompetencia social como un fenómeno de vanidad, funcionaría mejor el tema de la puntualidad en nuestras instituciones, dado que la puntualidad es vista muchas veces como un resto de burguesía

y una intromisión en la propia voluntad. Al mismo tiempo debo señalar que esta vanidad, ampliamente difundida en los conferenciantes, tiene también una ventaja grande y tranquilizadora, ya que se puede suponer que el número de asistentes a una conferencia, será de por lo menos el doble que la de las inscripciones recibidas en tiempo y forma. Tal vez se pueda hacer extensiva esta imagen de Albert Steffen también al mundo exterior. La crítica a la que nos vemos expuestos, ¿no será muchas veces la mirada disimulada y socarrona a nuestros zapatos sin lustrar? En este caso, es obvio que los ojos brillantes pasan a segundo plano y hasta resultan irritantes porque somos medidos por nuestros actos y no por nuestras ideas y nuestros ideales. Siempre de nuevo tropezamos y somos confrontados con la cuestión de la autenticidad, con el proceder honesto con los ideales y contenidos y con la forma de ponerlos en práctica en nuestra vida cotidiana.

Hace muchos años, con motivo del septuagésimo aniversario del Curso de pedagogía curativa, invitamos a un congreso a colegas de centros de formación no antroposóficos, con la pregunta de que impresión tienen ellos de nosotros, sus colegas antropósofos, y como nos perciben. Por supuesto, sólo habíamos invitado a aquellas personalidades de las que sabíamos que seguían nuestro quehacer con atención y beneplácito. A pesar de ello, fue sumamente interesante el hecho de que se expresaron en aquel momento, cosas directamente relacionadas con nuestro tema. También aquí se demostró que los zapatos sin lustrar, muchas veces dicen más que los ojos brillantes, que la mirada, puesta sobre las pequeñas vanidades que reconocemos rápidamente en los demás, es muy clara y que, por eso, la crítica puede ser una ayuda para nosotros. Así tenemos todavía, y siempre de nuevo, un rico campo para la práctica de la devoción a lo pequeño en la vida social, que hasta tiene la pretensión terapéutica de ser el único remedio contra la vanidad.

... en lo cotidiano

En su "Curso de pedagogía curativa", Rudolf Steiner relaciona la devoción por lo pequeño con los niños confiados a nuestro cuidado, y enfatiza que en la parte más pequeña, se puede revelar todo el cosmos. Describe la significación de confrontarse con aparentes pequeñeces, porque, a través de ellas, puede vivenciarse lo abarcante. A mí personalmente,

me impresiona siempre de nuevo lo fructífero que resulta este pequeño consejo de Rudolf Steiner al aplicarlo a la vida cotidiana. El psiquiatra infantil Johannes Bockemühl recomendó muy especialmente esta ejercitación de la atención en relación a los niños frente a los cuales no nos es posible reprimir sentimientos de antipatía, y creó, para ello, una secuencia de ejercicios. Aunque el orgullo profesional nos prohíbe el caer en sentimientos de antipatía o simpatía, muchas veces esta situación se da en forma muy concreta en lo cotidiano. Cada vez más nos encontramos con niños que contestan cualquier muestra sincera de simpatía de parte nuestra en forma destructiva y con rechazo. Entonces deberíamos reprimir fuertemente toda antipatía, para poder construir la compasión objetiva, es decir, la empatía que Rudolf Steiner requiriera. En una situación como esa, Bockemühl nos alienta a relacionarnos con algún aspecto pequeño de la fisonomía del niño, por ejemplo su nariz o su oreja, en forma tal que, alternando la observación exacta de día, y el recuerdo en la retrospectiva a la noche, se vaya construyendo la capacidad de dibujar de memoria la anatomía de esa parte pequeña, o sea, poder crearla de nuevo interiormente. No se deberían describir los ejercicios ni hablar acerca de ellos, lo importante es que se hagan. Es asombroso, comprobar como la relación con un niño puede cambiar positivamente, si uno está dispuesto a realizar este pequeño esfuerzo por algún tiempo. Tal vez aquí pueda formularse la pregunta de cómo es que pueden surgir fuerzas de antipatía para con un niño. ¿Podría estar relacionado con que algunos niños pueden cuestionarnos de tal manera que toquen nuestros impulsos vanidosos? El rechazo de un niño hacia mis intervenciones pedagógicas y mi dedicación ¿no hieren acaso mi vanidad? Esto volvería a mostrar claramente que la práctica de la devoción a lo pequeño aun realizada en la forma específica sugerida por Bockemühl, constituye verdaderamente un remedio contra la vanidad, y que la relación con un niño puede cambiar positivamente a partir de estar dispuesto a manejar mejor mi vanidad herida. “Ni se imaginan ustedes cuán indiferente es, en el fondo lo que, como educador, uno diga superficialmente, o no diga, y cuanta importancia tiene lo que uno, como educador, es.” (R. Steiner, GA 317, Pág. 35, pag. 20 en la versión castellana).

Inmediatamente después de describir la devoción hacia lo pequeño, sigue en el “Curso de pedagogía curativa” la parte en la que Rudolf Steiner nos insta, a pesar de todas las

dificultades internas y externas, a ir formando la conciencia de: “Yo puedo hacerlo”. “Si ustedes, sin vanidad y con espíritu de sacrificio, y superando aquellas cosas que podrían ser adversas, se lo repiten una y otra vez, y no sólo lo sienten, verán cuanto pueden lograr en esta dirección.” (R. Steiner, GA 317, pág. 153 y sig., pag.115 en la versión castellana). Esta cita debe conectarse ahora con lo que le sigue inmediatamente, la meditación del punto y el círculo que en los más diversos niveles tiene gran cantidad de indicaciones y sugerencias para el manejo del trabajo cotidiano. Si tomamos el nivel del lenguaje en la interiorización del sentimiento “Yo estoy en Dios” y “en mí está Dios”, se hace evidente que allí no hay lugar para vanidades, que por el contrario uno se retrae y practica la humildad. Tal vez, por esa razón, siempre de nuevo uno percibe en lo cotidiano que la solución para los problemas aparece sorpresivamente. Esto muestra que no estamos solos en nuestra tarea, sino que las potencias superiores acompañan nuestro quehacer. Por lo general, son momentos de profunda resignación e impotencia en los que repentinamente se abre un camino, en el que nadie había pensado o creído. Uno tiene la impresión de que recibe ayuda de aquella esfera que en la meditación vive como el lado nocturno. Estoy convencido de que Rudolf Steiner también quiere que comprendamos el sentimiento de “Yo puedo hacerlo” en este contexto más amplio.

Recuerdo una vivencia de importancia fundamental en la que para todos los involucrados este lado nocturno se volvió una experiencia real, sin que pudiéramos hablar de ella. Durante muchos años cuidamos a una niña extremadamente agresiva, tenía que estar siempre atada y sostenida por una persona muy fuerte, porque de lo contrario representaba un gran peligro para los que la rodeaban. Si lograba soltarse de sus ataduras, se lanzaba violentamente contra todo, destrozaba todo tipo de objetos y atacaba a las personas muy peligrosamente. Nuestro mayor problema era el camino a la escuela. No era para nada cooperadora, siempre se tiraba al suelo, insultaba a gritos a los que la cuidaban y trataba de escapar, destruir o lastimar. Este recorrido a la escuela, expuesto al mundo exterior, era una tortura para todos, especialmente porque siempre otras personas eran testigos de estos ataques y desbordes. Nuestros nervios y fuerzas estaban agotados, no sabíamos cómo continuar, y así, a partir de esta urgencia, convocamos a un ateneo de niños para intercambiar ideas. Aunque seguimos metódicamente la estructura del

ateneo, y cuidamos la secuencia correcta de los pasos, no pudimos avanzar. Pero el compromiso interior de cada uno casi podía percibirse físicamente, había atención y entrega amorosa, pero también desazón, impotencia y angustia. Nos separamos sin el menor resultado, pero convencidos de continuar el camino con esta niña, aun cuando pareciera inútil.

Al día siguiente, la niña llegó a la escuela sin inconvenientes, sólo necesitó ser conducida de la mano, no hubo gritos, ataques ni negativas. Esta situación paradisiaca, aunque duró sólo dos semanas, nos otorgó el tiempo necesario para tomar nuevas fuerzas. Más tarde, sus patrones de conducta no volvieron a tener este carácter tan desmedido y peligroso, y por ello resultaron más fáciles de contener. Si uno lee acerca de una vivencia como ésta, o escucha hablar de ella en una conferencia, pronto la olvidará; si se la vive realmente, uno estará profundamente conmovido. La cuidará como a un tesoro secreto, y sólo después de muchos años, uno se animará a hablar de ella, porque estará convencido de haber vivido allí algo de la cualidad de lo que menciona Rudolf Steiner al final de la décima conferencia al referirse al "entusiasmo en la vivencia de la verdad."

Ampliación

Si agregamos para la elaboración de nuestro tema "devoción y atención" las conferencias de Rudolf Steiner sobre "Las metamorfosis de la vida anímica" del año 1909, vivenciaremos una profundización y una ampliación. Especialmente en las conferencias acerca de la misión de la ira, de la verdad y de la devoción, Rudolf Steiner se ocupa de los distintos estratos de la vida anímica, y describe su relación con nuestro yo. Este yo lleva en sí dos tendencias; por un lado quiere ser cada vez más y más rico en experiencias, por el otro lado debe poner estas experiencias en armonía y concordancia con el mundo exterior. Ambas tendencias deben estar en equilibrio, el exceso de acumulación de experiencias conduce al egoísmo, y un exceso de búsqueda del equilibrio con el mundo externo conduce al empobrecimiento. Como nuestra vida anímica conoce distintas formas de contacto con el mundo, que abarcan desde reacciones más o menos instintivas del alma sensible hasta la forma impregnada por el pensar del alma consciente, las indicaciones referidas a la ejercitación para liberar al yo de su atadura con el alma, son en estas conferen-

cias muy diferenciadas. Así, la transformación de la ira inferior en ira noble, ayuda a liberar el yo del alma sensible. El cuidado del sentido de la verdad es la herramienta de la educación personal en el ámbito del alma racional afectiva. Lo importante es el equilibrar permanente de los peligros del egoísmo y de la pérdida del yo, puesto que: "Si la búsqueda sincera de la verdad lleva al conocimiento general del hombre, así, lo contrario, el amor a la verdad para beneficio de la propia personalidad lleva a la destrucción de la libertad hacia la intolerancia para con los demás." (R. Steiner, GA 59, pág.56 y 47 en la versión castellana).

En relación al alma consciente, nuestro aspecto anímico más joven y más futuro, Rudolf Steiner enfatiza la importancia del pensar, pero señala al mismo tiempo que la motivación a pensar ya no puede surgir del mundo exterior, captable a través de los sentidos, sino sólo de la propia interioridad. Lo no sensorio, lo suprasensible, es el impulso para el alma consciente del hombre. "Si quiere acogerlo en su saber, si quiere impregnar de él a su alma consciente, deberá recibir un impulso desde su interior, dado que el objeto del saber no está afuera. El impulso para ello deberá surgir desde la interioridad." (R. Steiner, GA 59, pág. 86 y pag. 73 en la versión castellana). Este impulso para la estimulación a pensar, debe surgir entonces del alma misma, a partir del sentir y de la voluntad, Rudolf Steiner le adscribe características al sentir y a la voluntad, que son necesarias para que ellos estimulen al alma consciente para que capte el mundo espiritual, a través del pensar. A estas cualidades las conocemos de la décima conferencia del "Curso de educación curativa", como entrega amorosa, y en ella se la describe exacta y extensamente.

Así, el amor a lo suprasensible conforma, aún antes de que seamos capaces de abarcarlo con el pensar, el basamento del sentir, y la entrega a lo desconocido es la disposición de la voluntad. Eso, para nuestro quehacer en pedagogía curativa, significa que frente a lo desconocido, frente al enigma que encierra la persona a nuestro cuidado, debemos desarrollar amor y devoción como disposición anímica en el sentir y el querer. Gracias a ella, se puede construir la seguridad en el hacer porque "él (el educador, agregado de A.F.) llega a ella, cuando es conducido por la entidad en el niño, hacia lo que deberá hacer en cada caso. Es un trabajo incómodo, pero el único real." (R. Steiner, GA 317, pág. 74).

Esta entrega amorosa cuya puesta en práctica es incómoda y rica en desafíos, es la disposición anímica a la devoción, porque “si ambos se unen, la entrega de la voluntad a lo desconocido y el amor a esto desconocido, entonces surgirá por su unión aquello que denominamos en el verdadero sentido de la palabra, devoción” (R. Steiner, GA 59, pág. 89 y pag 75 en la versión castellana). En este sentido la devoción es el fruto de la sumisión o entrega en la voluntad y del amor en el sentir, y por ello se convierte en la educadora del alma consciente. Rudolf Steiner señala también dos peligros que surgen cuando domina una u otra cualidad anímica y el yo pierde la conducción. Si la entrega o sumisión son demasiado fuertes, uno se pierde en lo de afuera, se pierde el saber de uno mismo, eso lleva a la impotencia o desmayo del alma. Si predominan las fuerzas del sentir, si se desarrolla un amor demasiado poderoso, con exclusión de la conciencia del yo, surge el misticismo o sonambulismo anímico. En nuestro trabajo cotidiano conocemos perfectamente ambos peligros, el de la impotencia o el del sonambulismo anímico, y creo que en esta conferencia encontramos caminos para tratar fructíferamente con ellas. Ambas unilateralidades no se originan en una estructura anímica patológica, sino en la dificultad para proceder armoniosamente en la práctica de la entrega amorosa, que es una capacidad clave en nuestro quehacer. Es, en última instancia, la pregunta por el yo como fuerza equilibradora y determinante entre los peligros del egoísmo y de la pérdida del yo, del misticismo y de la impotencia. Aquí surge la cuestión planteada en este mismo boletín en el trabajo de Gertruida de Raaf, acerca del intervenir o abstenerse. En él se alude claramente a que hay diferentes cualidades yóicas, que abstenerse no es ausencia del yo, sino que puede ser máxima actividad del yo. De la práctica de nuestra profesión sabemos que una intervención activa muchas veces procede de una debilidad, y que debemos diferenciar entre no hacer, como un abstenerse activo del propio yo, y no hacer nada, como pereza. La cualidad que debe desarrollar el yo al ejercitar la entrega amorosa, para no caer en una unilateralidad, es la atención.

La atención como presencia yóica es la que despierta la posibilidad de que la devoción como entrega amorosa se pueda desarrollar armónica y fructíferamente.

La atención lleva en sí dos direcciones: hacia adentro, para que se pueda captar la verdadera intuición, y hacia fuera como devoción a lo

pequeño. Es el campo de tensión entre espíritu y materia en el que el yo está necesariamente insertado y en el que acumula experiencias, que trataremos de equilibrar ejercitando la atención y la devoción. Sólo cuando unamos la devoción como entrega amorosa con la atención en el sentido de altruismo, como máxima presenciadel yo, podremos hacer justicia a los contenidos dados por Rudolf Steiner en la décima conferencia del “Curso de pedagogía curativa”.

Construir puentes

Al comienzo de mi aporte al relatar el nacimiento de la pedagogía curativa en Seedorf, Suiza, traté de demostrar que los pasos descritos por Rudolf Steiner en la décima conferencia, verdaderamente ocurren. Cabe preguntar ahora, si los aspectos de nuestro tema “devoción y atención”, son conocidos y descritos también en la pedagogía curativa no antroposófica. ¿Encontramos acaso en los manuales de pedagogía curativa motivos similares, que describan lo mismo con otra terminología?

Como ejemplos quiero tomar citas de tres renombrados pedagogos curativos suizos, no a causa de un orgullo nacionalista, sino tan sólo por el hecho de que en Suiza, que estuvo a salvo de los extravíos de la segunda Guerra Mundial, la pedagogía curativa llegó a las universidades desde los primeros años del siglo pasado. Además, en nuestro país es donde mejor se pudieron establecer las bases personales o teóricas individuales de la pedagogía curativa, de la que también se siente parte la pedagogía curativa antroposófica, y que conforman aún hoy la base antropológica de muchos representantes. Cuando ahora nos ocupemos de las citas de estos tres pedagogos curativos, quiero pedirles que tengan como telón de fondo las consideraciones que hemos hecho aquí sobre el tema propuesto en relación a la décima conferencia del “Curso de pedagogía curativa” y de las conferencias de “Las metamorfosis de la vida anímica”. Estoy convencido de que encontraremos en ellos muchos de los contenidos trabajados, y que podremos ver sorprendentes paralelismos.

La primera cita es de Heinrich Hanselmann, un pionero de la pedagogía curativa científica, quien desde 1924, el año del Curso de pedagogía curativa, hasta 1931 dirigió el seminario de pedagogía curativa, entonces recientemente

fundado en Zurich, y desde 1931 fue titular de una cátedra de pedagogía curativa en la universidad de la misma ciudad. "El reconocimiento hecho a diario por el educador, de que también él, todavía y siempre de nuevo, está en contradicción con su entorno, y que en esta contradicción estará tentado de tomar rodeos y atajos, este reconocimiento cotidiano es la mejor condición para toda educación. Lleva a la modestia alejándonos de la auto justificación y de la autosuficiencia, acercándonos y elevándonos al amor y a la necesidad de amor, que lleva finalmente, a la religiosidad, sin la cual, para mí, no es posible pensar una verdadera educación." (H. Hanselmann, 1976, pág. 465).

Su sucesor como director del centro de formación y profesor de la Universidad de Zurich, fue Paul Moor, un pensador y pedagogo curativo, que hoy en día es redescubierto. La siguiente cita ha de verse en cuanto a su relación íntima con lo descrito por Rudolf Steiner como estado anímico básico de sentir y voluntad, amor y entrega, como base de la devoción. "Dos cosas son importantes en la educación. Se las puede caracterizar como el cuidado del ánimo, como un recibir un contenido de vida que brinda sostén, y la de la educación de la voluntad como portadora de la forma de vida." (cita según Grimm, 1998, pág. 71).

Acerca del educador dice Moor: "Si, él debe ser consciente del hecho enorme de que él sólo debería poder intervenir con seguridad, si logra intuir cual es, de eternidad en eternidad, el destino de esta criatura humana, que en su debilidad y su fracaso, espera su humanidad. Deberán combinarse aquí la humildad de la voluntad y el coraje del corazón, si es que él pretende estar en la altura de su misión." (P. Moor, 1974, pág. 495).

Emil Kobi se desempeñó hasta hace poco como profesor de eurytmia curativa en Basilea, y en este momento es la personalidad más reconocida y respetada en la pedagogía curativa de orientación científica en Suiza. Como observador crítico ha tenido y tiene en cuenta a la pedagogía curativa antroposófica, su relación con la misma no siempre fue sencilla, y los reparos formulados con respecto a ella, a veces sumamente mordaces, son en parte muy justificados, y deberían ser tomados seriamente. Ha sido la mirada, ya señalada, hacia los zapatos sin lustar, la que se ha relativizado y ha disminuido en Kobi, espero que también por el hecho de que la discrepancia entre los zapatos sin lustar y los ojos brillantes por parte nuestra, ha

disminuido. "En mi opinión, en la filosofía y antropología seculares, sólo la antroposofía de Rudolf Steiner (1861-1925) y de sus seguidores, contiene una sistematización y una perspectiva con sentido, existencial, básica e integral, y no tan sólo derivada, complementaria y moral social, para con el niño discapacitado ("necesitado de cuidados anímicos especiales"), y es la única que se aplica consecuentemente en los *hechos* (remarcado en el original) y que no permaneció *en mera fraseología*." (E.Kobi, 1993, pág. 264). Con relación a nuestro tema y también con relación al intervenir o abstenerse, el siguiente párrafo es sumamente significativo: "La educación no señala una actividad, sino una actitud. Esta actitud educadora puede expresarse en las más diversas actividades, incluso en el no-hacer (que no debe ser confundido con no hacer nada). Lo que yo hago con, para y delante de un niño, tiene un significado secundario frente a la forma en que yo me muestro frente a un niño. Con esto volvemos a encontrarnos con la antigua verdad, muchas veces tapada por sutilezas metodológicas, de que el educador actúa menos por lo que hace, que por lo que es." (E.Kobi, 1993, pág. 73). Esto no es del curso de pedagogía curativa de 1924, esto lo escribe Emil Kobi en el año 1993. Estoy convencido de que, partiendo de los contenidos tratados aquí, podremos encontrar un puente para la comunicación con colegas, no antropósofos, dado que estas descripciones reflejan vivencias internas reales, y no construcciones mentales ajenas a la verdad. Encontramos también otras formulaciones similares o emparentadas en muchos otros representantes de la pedagogía curativa, los tres que citamos representan tan sólo algunos ejemplos. Depende de nosotros el interesarnos por los otros, y descubrir los contenidos.

Sólo así podremos buscar el diálogo con aquellos colegas que no tienen como fundamento a la antroposofía. Los interrogantes básicos que tienen que ver con nuestra profesión, son de naturaleza existencial. Son vivenciados por muchos, aunque no siempre sean formulados. Esta disposición al intercambio ayuda a disolver obstáculos, construye puentes y hace posible un percibirse y reconocerse mutuo y sincero.

Bibliografía

- Hanselmann, H.: Einführung in die Heilpädagogik (Introducción a la pedagogía curativa). Zürich; Stuttgart: Rotapfel, 1976
- Grimm, R. (Hrsg.), (editor) : Selbstentwicklung des Erziehers in heilpädagogischen Arbeitsfeldern.
- Die Idee der Selbsterziehung bei H. Nohl, P. Moor, H. Muth, J. Korczak y R. Steiner. (Autodesarrollo del educador en las esferas de trabajo en la pedagogía curativa. La idea de la autoeducación en H. Nohl, P. Moor, H. Muth, J. Korczak y R. Steiner.). Domacher Reihe 2, Luzern: SZH, 1998
- Kobi, E.: Grundfragen der Heilpädagogik. Eine Einführung in heilpädagogisches Denken. (Cuestiones fundamentales en pedagogía curativa. Introducción al pensar pedagógico curativo.). Bern; Stuttgart; Wien: Haupt, 1993
- König, K.: Mignon – Versuch einer Geschichte der Heilpädagogik. (Mignon – intento de una historia de la pedagogía curativa.) In: Aspekte der Heilpädagogik (En: Aspectos de la pedagogía curativa). Stuttgart: Freies Geistesleben, 1969
- Moor, P.: Heilpädagogik. Ein pädagogisches Lehrbuch. (Pedagogía curativa. Un manual pedagógico.). Bern; Stuttgart; Wien: Hans Huber, 1974
- Steiner, R.: Metamorphosen des Seelenlebens. GA 59. Vierte Auflage. Dornach: Rudolf Steiner Nachlassverwaltung, 1958. (Las metamorfosis de la vida anímica. Buenos Aires: Ed. Antroposófica)
- Steiner, R.: Heilpädagogischer Kurs. GA 317. Siebte Auflage. Dornach: Rudolf Steiner Verlag, 1985. (Curso de pedagogía curativa, Buenos Aires: Epidauro editora.)

Andreas Fischer

pedagogo diplomado en la Universidad de Friburgo (Suiza), título de maestro, cantón Zurich, trabajó 21 años en un pequeño hogar escuela en el este de Suiza, director del área y coordinador de la liga suiza, trabajo en el seminario de pedagogía curativa.

Esta contribución es la versión escrita para su publicación, de una conferencia dictada en el Congreso de Pedagogía Curativa y Terapia Social, que tuvo lugar en el año 2000 en el Goetheanum en Dornach, bajo el título: "Capacidad y responsabilidad".

Traducción: Dania Lucas, Buenos Aires